

Los ladrones somos gente honrada

El título de mi artículo creo que corresponde a una obra teatral de E Jardiel Poncela, de la que también vimos su versión cinematográfica. Digo, simplemente, creo, porque mi memoria no es muy feliz, y en este momento nada tengo a mano para comprobar mi cita. De todas maneras, poco le importa ahora a mi pluma que el nombre del autor sea uno u otro, sino la paradoja que encierra el propio título. Paradoja que recordé y sentí, al leer recientemente, en la prensa, la noticia de un singular atraco.

Un individuo entra en una joyería y, dirigiéndose al dependiente, —que no era tal dependiente, sino el hijo de la propietaria del establecimiento,—le advierte que no lo suponga un cliente, ya que ha entrado con la única idea de robar, y le conmina a que le entregue rápidamente y sin el más mínimo gesto de latador, un montón de joyas de las expuestas en el escaparate. El muchacho asiente, con su mejor serenidad, rogando al ladrón, simplemente, que recoja las joyas con la máxima prisa, ya que está esperando a su madre, gravemente enferma del corazón, y quiere evitarle a toda costa, la posibilidad de presenciar la escena, que tanto podría afectarla. Sin transición se dirige hacia el escaparate, coje un buen montón de joyas, y las deposita sobre el mostrador, frente al fingido cliente. En este preciso instante, entra la madre en la tienda, saludando con cariño a su hijo. Y el ladrón, como el más exigente y caprichoso de los clientes que jamás hubiese podido pisar la tienda, pronuncia en voz alta y con gentil indiferencia: —Muchas gracias, pero perdóneme Vd., nada de lo que me ha enseñado acaba de gustarme. Probaré en otra joyería.

¿Como decir, ahondando en la paradoja, que el ladrón era un hombre de buenos sentimientos, que el ladrón era un hombre honrado?

Un atracador se lo juega todo y está dispuesto a todo. Los atracos se realizan con armas, por si las cosas no salen como uno quisiera



Y un hombre que sale de su casa con un arma en el bolsillo, presto a herir o a matar, para conseguir su objetivo, decididamente no puede tener muy buenos sentimientos. No obstante, y por lo visto, en el corazón de nuestro atacador, alguna flor de bondad subsistía.

Su forma de entrar en la tienda, sin ninguna arma visible, su advertencia al muchacho, su jugar arriesgado, pero en cierta manera limpio, ya nos habla de un ladrón excepcional, excepcional en su buen sentido. Y su última y decisiva reacción, casi nos reconcilia con él, y nos hace incluso dudar de otra posible forma de proceder más expeditiva; despiadada, cruel.

No ignoro que, en puro juicio objetivo, un ladrón es siempre un ladrón, aunque un día sepa renunciar al hecho delictivo, ante una eventual circunstancia, resorte que consigue hacer vibrar su única cuerda amorosa y sensible, con el don de enfrentarle, al mismo tiempo, con el concepto de lo sagrado. Concepto siempre muy restringido, para él, infimo trazo vertical en la gama extensa y borrosa de su código sin principios. Trazo que según fuese el hombre, representaría cosas distintas.

Así, en el caso de nuestro atracador, esta línea fina, intocable, sagrada, limpia, y defendida de cualquier inoble contacto, sería la palabra «madre». Y yo me pregunto, lo sagrado de un hombre sin código y fuera de la ley, en la palabra «madre», en este Santo amor; ¿no cabe pensar en todas las posibilidades de redención? No es un sagrado que podamos tachar de absurdo, sino un sagrado auténtico, orden divina, cuarto mandamiento del Decálogo.

Si la madre del ladrón vive aún, el hijo acabará, de una u otra forma, contándole lo sucedido, porque, adorándola, no dejará de poner en su regazo esa hermosa y delicada flor. Y es de creer que Dios, en su infinita mi-

sericordia, hará el milagro de multiplicar la flor, en el hald de la madre, en mil rosas de bondad. Perfume de ablución, para el hijo indigno, pero henchido de amor y de caridad.

Y si la madre es sólo un recuerdo, una nostalgia hiriente, la única oración, la única fedel huérfano-ladrón, ella, como Raquel de la leyenda y en el propio cielo, exigirá del Señor contra sus lágrimas, clemencia y perdón para los pecados del hijo.

Es bello y dulce creer que una senda oscura se anegará de luz y que un camino torcido será enderezado. Y mi creencia es fe, porque artículo de fe es para mí, el poder de redención que entraña cualquier forma de amor, de santo amor.

L. d'Andraitx

Viene de la página anterior XX, y en el corazón del moderno Brasil.

El libro en cuestión viene además ilustrado con magníficas fotografías que recogen significativamente algunos ritos y costumbres de aquellos moradores.

Fidemar

Nuevo libro

Acaba de aparecer en la Colección ADONAI, E. Rialp, S. A. MADRID, el nuevo libro de poemas de nuestro colaborador y particular amigo Enrique Badosa. La obra lleva por título «TIEMPO DE ESPERAR, TIEMPO DE ESPERANZA», y su presentación y prólogo es debido a la pluma de Carlos Barral. Comprende el libro siete partes: Ultimo Silencio. Canto de las Cinco Estaciones. Canto de vida en Abril. Palabras en la luz perdidas. Refugio del ocaso. Al resplandor de la estación ausente. Testigo de la soledad, y un epilogo: Palabras para esperar, el tiempo de la esperanza.

Rótulos Luminosos

INSTALUX, S.A.

Neón y Fluorescente, decoración y embellecimiento de fachadas, rótulos en plástico, aluminio, latón, etc. Fábricas propias.

Nuestras Realidades

SAN FELIU DE GUIXOLS

Hotel Rex
Hotel Miramar
Restaurante L' Ast
Pastelería Comas
Creaciones Cincinnati
Relojería Roura
Viajes Meliá

PLAYA DE ARO

Hotel Miramar
Hotel Cosmopolita
Hotel Cliper
Residencia Playa
Peluquería Balmaña
Hotel Costa Brava

Representantes

D. Joaquín Comas
San Lorenzo, 12
S. Feliu de Guixols

D. Ramón Sais
Ctra. de S. Feliu
Playa de Aro